

CINCUENTA AÑOS

Medio siglo atrás, el Seminario Mayor San José de La Plata daba a publicidad el primer fascículo de Sapientia. En él iba depositada una esperanza: que la revista pudiera cumplir la misión de fortalecer y de perfeccionar el espíritu filosófico ya afianzado en una joven generación de estudiosos que venía ofreciendo frutos auspiciosos, sobre todo gracias a la obra ejemplar de la institución que ha representado, de lejos, el mayor y más fructífero empeño del catolicismo argentino en el campo del saber superior, particularmente en el ámbito propio de la filosofía, esto es, los añorados Cursos de Cultura Católica de Buenos Aires. La concepción de Sapientia estuvo inspirada en la necesidad de testimoniar nuestra adhesión a los principios y a la doctrina de Santo Tomás de Aquino, porque quienes hemos emprendido la tarea de editarla abrigábamos la convicción firme del valor eminente y perenne del legado magistral del Doctor Angélico, el cual, además de sus méritos científicos intrínsecos, se nos brindaba como el mejor recurso para iluminar las almas de una humanidad que pocos meses antes acababa de poner fin a una guerra cruel provocada, entre otros motivos, por la ruina evidente de una civilización que había abandonado sus alimentos insustituibles: la fe en el Dios vivo y verdadero y las verdades averiguadas merced al uso riguroso de la razón natural. Hemos creído que con ello no sólo honrábamos la sabiduría recibida de las especulaciones del Doctor Común, sino que, al mismo tiempo, respondíamos con fidelidad al llamado de la Iglesia, pues las cláusulas de la imponente encíclica Aeterni Patris de León XIII resonaban sin cesar en nuestros oídos y, por otro lado, el magisterio de Pío XII, por entonces felizmente reinante, no dejaba de insistir con renovada energía en la necesidad de devolver a las inteligencias el monumento sapiencial de la teología y de la filosofía tomistas.

Sobre el filo de su primer cuarto de siglo, nuestra revista recibió un desafío imprevisto: persistir con firmeza en el desenvolvimiento de los principios que había adoptado al momento de su fundación, o bien hacerse eco de una corriente muy incisiva según la cual el Concilio Ecuménico Vaticano II habría puesto punto final a la preeminencia de Santo Tomás en la teología y en la filosofía católicas y, por consiguiente, habría decretado igualmente la extinción de la escuela encolumnada detrás del testamento científico del Aquinate. Frente a esta disyuntiva, nuestra decisión no ha sido otra que rechazarla de plano. Hemos actuado de este modo porque hemos entendido que tal disyuntiva escondía una opción tan falsa cuan destructiva, ya que tamaña interpretación de la doctrina conciliar implicaba una tergiversación de los documentos y del espíritu del sínodo por entonces recién clausurado. Creemos sinceramente haber escogido el camino acertado, como poco después nos lo confirmaba la carta Lumen Ecclesiae, en la cual Pablo VI reiteraba las mismas enseñanzas de la encíclica Aeterni Patris de León XIII y de todos los romanos pontífices que habían ocupado la cátedra de San Pedro durante el tiempo que ha se-

parado los reinados de ambos vicarios de Cristo. Más todavía, Juan Pablo II ha tenido a bien acallar definitivamente aquella hermenéutica insólita mediante una declaración que la ha reducido a una virtual extravagancia: «El hecho de que en los textos conciliares y postconciliares no se haya insistido sobre el aspecto vinculante de las disposiciones acerca de la secuela de Santo Tomás como “guía de los estudios” —como lo ha llamado Pío XI en la Encíclica “*Studiorum Ducem*”— ha sido interpretado por no pocos como facultad de desertar de la cátedra del antiguo Maestro para abrirse a los criterios del relativismo o del subjetivismo en los varios campos de la “doctrina sacra”. Sin duda, el Concilio quiere estimular el desarrollo de los estudios teológicos y reconocer libertad de investigación, pero con la condición de mantenerse fieles a la verdad revelada, contenida en la Sagrada Escritura, transmitida en la Tradición cristiana, interpretada autoritativamente por el Magisterio de la Iglesia y teológicamente profundizada por los Padres y por los Doctores, sobre todo por Santo Tomás¹. Quiera Dios que estas precisiones del Santo Padre disipen de una vez por todas los malentendidos que siguen circulando en derredor del *locus theologicus* del Doctor Angélico en la vida de la Iglesia.

Han transcurrido cincuenta años desde aquella fecha inicial de *Sapientia*. Quienes la hemos fundado y conducido durante estos años somos los menos indicados para evaluar su trayectoria. Sus lectores asiduos y aquéllos que la consultan en todos los lugares del mundo donde se la conserva tienen más ecuanimidad que nosotros a los fines de emitir un juicio en tal sentido. Pero ello no nos impide alegrarnos con la reminiscencia de la labor que la revista ha podido llevar a cabo a lo largo de media centuria y que se puede resumir con muy pocas palabras: servir a la verdad poniendo sus páginas a disposición de todos quienes la amen y la cultiven con la severidad que la filosofía demanda. Por eso nos hemos complacido en acoger en un pie de igualdad las contribuciones enviadas por autores argentinos junto a los aportes inestimables de ilustres filósofos extranjeros. Sin embargo, el periódico no hubiera cumplido la tarea que le fue asignada si se hubiera limitado a difundir la producción literaria de figuras que lucían una veteranía filosófica aquilatada por una larga experiencia académica y literaria; de ahí la constante incorporación de jóvenes escritores de las más diversas latitudes que, gracias a Dios, continúan irrumpiendo constantemente en el panorama de la filosofía labrando para ella un horizonte promisorio. Puesto que las virtudes de la razón humana —obra magnífica del Creador— nunca han de defraudar la confianza cristiana en esta capacidad excelente de nuestra naturaleza, a pesar de las falencias que ha exhibido en todas las etapas de la historia, *Sapientia* no ha buscado ser otra cosa que una modesta galería de dichas virtudes incubadas al calor de un compromiso ineludible con el mismo fin por el cual los hombres razonamos y vivimos: la verdad.

Muchos autores de cuya ciencia y amistad *Sapientia* se ha beneficiado en estas cinco décadas ya han emigrado de este mundo, algunos habiendo escogido caminos filosóficos divergentes de aquél que la revista se ha propuesto transitar desde su fundación. Vaya pues, el merecido homenaje a las queridas memorias de nuestros compatriotas Tomás Darío Casares, Enrique Rau, Héctor J. Anderi C. M. F., Sixto Terán, Julio Ramón Mein-

¹ GIOVANNI PAOLO II, *Mentre vi saluto*, n. 5: S. Tommaso «*Doctor Humanitatis*», guida perenne degli studi, Città del Vaticano 1990 (=Magistero Pontificio sul Tomismo 1), p. 11.

vielle, Arturo Enrique Sampay, César E. Pico, Nimio de Anquín, Juan Ramón Sepich, Benito R. Raffo Magnasco, Jorge Luis García Venturini, Adalbero F. Villecco, Mario Agustín Pinto O. P., Manuel Gonzalo Casas, E. Fernández Sabaté, Belisario Tello, Carlos A. Disandro, Alberto García Vieyra O. P., Héctor Augusto Llambías, Cesáreo López Salgado, Luis Joaquín Adúriz, César H. Belaúnde, Marcelo J. Martínez Cantón, Juan Radulescu, Francisco Valsecchi, Ernesto Pueyrredón, Carlos Alberto Sacheri, Francisco Ruiz Sánchez, Ernesto La Croce y Raúl Echaury. Pero con no menor afecto vienen a nuestro recuerdo los nombres de las egregias personalidades extranjeras ya desaparecidas que nos han obsequiado muestras preciosas de sus talentos filosóficos: Martin Grabmann, Ricardo Fuentes Castellanos O. P., Charles Boyer S. I., Étienne Gilson, Réginald Garrigou-Lagrange O. P., Vernon J. Bourke, Agostino Gemelli O. F. M., Walter Breuning, Charles DeKoninck, Fritz-Joachim von Rintelen, Albert Dondeyne, Clarence Finlayson, Odon Lottin O. S. B., Santiago María Ramírez O. P., F.-J. Thonnard A. A., Giorgio Del Vecchio, Sofia Vanni Rovighi, Umberto A. Padovani O. P., André Marc S. I., Jorge P. Hourton, Régis Jolivet, Stanislaus Ladusans S. I., A. G. M. Van Melsen, Roger Verneaux, José Ignacio Alcorta S. I., Louis de Raeymaeker, Oswaldo Robles, José P. Galvão de Souza, Adolfo Muñoz Alonso, James A. Weisheipl O. P., Carlo Giaccon S. I., Michele Federico Sciacca, Ángel González Álvarez, Guillermo Fraile O. P., Teófilo Urdánaz O. P., Fernand Van Steenberghen, Carlos Cardona y Cornelio Fabro C. P. S. A quienes les sobreviven y, por cierto, a todos aquéllos que continúan haciendo de nuestra revista un medio de expresión de su filosofar y de sus investigaciones historiográficas, también les expresamos cordialmente nuestra gratitud. Pero en este jubileo también cabe que extendamos nuestros efusivos saludos a todas las revistas colegas, principalmente a aquéllas que non honran con un fecundo intercambio con Sapiencia, permitiéndonos mantener y acrecentar de un modo ininterrumpido nuestras relaciones con el amplio espectro de la actualidad científica.

A partir de 1958, nuestro periódico vino siendo editado por la Pontificia Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires. Empero, la relevancia que entre nosotros ha alcanzado el progreso del tomismo señalaba la conveniencia de que la revista, tal como de hecho ha sucedido durante toda su existencia, oficiara igualmente al modo de órgano de la Sociedad Tomista Argentina, también ella a punto de celebrar su quincuagenario, cuyos miembros asumen hoy la perseverancia de Sapiencia en los mismos surcos que ha transitado desde sus orígenes.

Cincuenta años no han pasado en vano. Desde 1946, el movimiento filosófico ha sufrido múltiples variaciones. La esencia de la filosofía y de la vida filosófica, no obstante, permanecen inalterables. La suscripción del patrimonio filosófico siempre válido — el cúmulo de verdades conquistadas por la razón natural que el magisterio de la Iglesia ha gustado denominar philosophia perennis — es el mejor antídoto contra la frustración que ha ganado a muchos espíritus a la vista de tantas frivolidades y de tantos pensamientos superficiales cuantos se han registrado durante estos diez lustros. El intelecto filosofante está al resguardo de esta decadencia circunstancial precisamente porque una verdad inmutable y eterna le invita perpetuamente a ordenarse a su conocimiento. Esta verdad, a la cual todos llaman Dios, es el desvelo ineludible del filósofo, porque Dios es el autor y el fin del entendimiento del hombre, una potencia que ha introducido en su alma para

que le conozcamos tal como Él es, que es el único modo de elevarla a su perfección suprema. No por acaso Dios ama al intelecto humano como la más bella entre todas nuestras pertenencias, según nos lo ha enseñado Santo Tomás de Aquino a través de la oración que preside el derrotero de Sapientia: «Sapiens diligit et honorat intellectum, qui maxime amatur a Deo inter res humanas» (In X Ethic., lect. 3).

OCTAVIO NICOLÁS DERISI